

sea digno de esta obra maestra del Criador, de esta criatura donde quiso poner un trasunto de su imagen; que somos en la tierra extranjeros de tránsito y partida que enderezamos nuestros pasos á las moradas eternas. Deteniéndose despues de resucitado y ántes de subir al Cielo cuarenta dias en la tierra, para confirmar á sus discipulos en la fe de su Resurreccion, darles instrucciones amplisimas relativamente á sus designios acerca de los hombres, instituirles delegados suyos con la comunicacion de su mismo poder, para ser las columnas de su Iglesia fundada en él mismo como piedra angular, nos dió á entender bastante que él es la Sabiduría infinita y la Bondad suma. Finalmente, cuando ya concluido todo, reúne á sus discipulos, les habla por la última vez, les bendice, se despide de ellos anunciándoles su partida, y levantándose poco á poco majestuosamente de la tierra, progresa hácia las alturas con cierta grave lentitud hasta perderséles de vista, absorbe sus miradas de admiracion, de respeto y amor con este cuadro, en que todo respira magestad y donde viene á terminar la historia de su vida en el tiempo; entónces nos dió la última, la mas bella, dulce y consoladora leccion acerca del gran destino que nos preparó con sus merecimientos, mostrándonos á toda luz cuán indigno es de ocuparnos todo lo que pasa como una figura, y con cuánto empeño y tierna solicitud hemos de caminar para uniros con él en la sociedad de su gloria.

27. Tales son, hijos míos, las luces que este misterio derrama sobre nuestra fe para consolidarla; los nuevos apoyos que ministra á nuestra esperanza, y los vehementes y poderosos estímulos con que solicita nuestro corazon para que siempre arda en el divino fuego de la caridad. Sea pues Jesucristo Señor nuestro subiendo á los cielos y sentado á la diestra de su Padre un libro abierto de sabiduría para vuestra inteligencia, un tesoro de gracias fecundas, y un bien supremo que atraiga exclusivamente vuestro ser. Si él subió para prepararnos allí una residencia perdurable y gloriosa; si él, como nos enseña el apóstol Santiago, aboga continuamente por nosotros cerca de su Padre y nada anhela tanto como ver extendida la santidad en la tierra y con ella multiplicados los futuros moradores de su reino; levantad hácia él vuestras almas, viviendo en los cielos mas que en la tierra; colocad en él vuestro corazon, para no tener mas objeto que servirle ni otro empeño que gozarle. ¡Dichosos vosotros entónces! pues desprendidos de todo lo que pasa como una sombra, y adheridos únicamente á las promesas que os hizo Aquel cuyas palabras no han de pasar nunca, seréis inscritos en ese Libro divino donde la eterna predileccion de Dios quiso que constasen los felices nombres de aquellos que le han de alabar y bendecir en el seno de su gloria por los siglos de los siglos.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## TRIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DOGMAS CONCERNIENTES AL ESPÍRITU SANTO.

*Signati estis Spiritu promissionis sancto,  
qui est pignus hereditatis nostre.*

Recibisteis el sello del Espíritu Santo  
que estaba prometido, el cual es la prenda  
de nuestra herencia.

Eph. Cap. I. vv. 13, 14.

1. Si en esta explicacion pastoral de las verdades que debemos creer, me hubiese propuesto, hijos míos, seguir el orden mismo con que los dogmas de la fe aparecen colocados en el Símbolo católico, ahora debería tratar de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad para juzgar á los vivos y á los muertos; pues ella figura inmediatamente despues del misterio de la Ascension, y es el sétimo artículo del Credo. Nada mas natural que esta colocacion allí, donde los dogmas son considerados en sí mismos y relativamente á su objeto: porque siendo el objeto de este dogma nuestro Señor Jesucristo, debía sin duda colocarse despues de los pertenecientes al Padre y ántes de los que miran al Espíritu Santo, como lo están en efecto. Mas, cuando la exposicion doctrinal tiene un carácter histórico, un carácter práctico y los dogmas se consideran, no solo en sí mismos y en su objeto, sino tambien en clase de acontecimientos, en el orden sucesivo con que éstos fueron apareciendo y en sus relaciones con la humanidad, entónces debe seguirse otro método, y el mas natural parece ser el que presenta la misma historia. La segunda venida de nuestro Señor Jesucristo no pertenece aun al número de los objetos de ella, porque no se verifica todavía, pues ha de ser el último suceso que ha de dar punto á la carrera del tiempo y preceder inmediatamente á la eternidad.

2. Estas consideraciones y el haber querido ligar cuanto sea posible aquí el dogma,

la historia y aun la moral, me han determinado á reservar para el fin esta segunda venida del Redentor, haciéndola seguir á todo lo que haya pasado en tiempo, y proceder inmediatamente al dogma de la Eternidad. En el órden histórico lo que inmediatamente sigue, despues de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos, misterio que os he explicado en mi precedente carta, es la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles: hecho importantísimo, de que se hallaba pendiente la humanidad entera, para recibir aquella plenitud que la daría con sus dones y frutos el Espíritu de Dios conforme á los designios manifestados claramente por el Mesías desde ántes de morir. Este Divino Espíritu, vino á dar los últimos toques de perfeccion á la institucion del reino de Cristo en la tierra, que es la Santa Iglesia católica. Fundada ya sobre el cimiento de los Profetas y de los apóstoles, y descansando toda en Jesucristo, como en su piedra angular, esperaba la Venida de este Espíritu vivificador, para vivir de él mismo; de este Señor que procede del Padre y del Hijo, para mostrar el sello de su origen divino, de toda la Trinidad Augusta, en sí misma y en todos sus miembros. El apóstol San Pablo, dominado profundamente por estas grandes ideas y queriendo trasmitirlas á los fieles en lo que tienen de mas característico, les dice: "Recibisteis el sello del "Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia;" es decir: de nuestra eterna bienaventuranza: *Signati estis Spiritu promissionis Sancto, qui est pignus hereditatis nostrae.*

3. Estas palabras de San Pablo, hijos míos, manifiestan claramente que, quien vino á los apóstoles y discípulos del Salvador, es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, la misma que habia hablado por la boca de los Profetas y de quien emanan los preciosos Dones que se nos comunican como una prenda feliz de inmortalidad, y suponen ya realizada su venida en cumplimiento de las promesas de Jesucristo. Para daros pues en la presente carta las principales instrucciones acerca del octavo artículo del *Credo*, comenzaré inculcando lo que debemos creer cuando consideramos al Espíritu Santo en el órden puro y absolutamente dogmático sin salir de lo intrínseco del misterio de la Santísima Trinidad; en seguida os manifestaré cómo este Divino Espíritu inspiró á los autores de los Libros Sagrados; y para concluir, os explicaré el misterio de su Venida sobre los apóstoles, con lo cual dió toda su plenitud á su mision divina.

## I.

4. Esta voz *Espíritu Santo*, hijos míos, designa por lo común especialmente á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; pero algunas veces tambien suele aplicarse indistintamente al Padre y al Hijo; porque tanto del Padre como del Hijo se puede decir esta palabra; pues el Padre es espíritu y es santo, el Hijo es espíritu y es santo, la Tercera Persona es espíritu y es santa, sin que por esto se deba decir que son tres Espíritus ó tres Santos. Suelen tambien nombrarse con esta misma palabra los ángeles; pues como bien sabéis, son santos y espíritus, y aun á las almas de los justos suele dárseles tambien este mismo nombre. No sucede así con el nombre de las otras dos Divinas Personas, porque en éstas el nombre designa una cosa propia y singular, que no

conviene á las otras. El nombre de *Padre* es propio del que engendra, el nombre *Hijo* es propio del engendrado; y como solo el Padre engendra eternamente á su Hijo y solo el Hijo es engendrado eternamente del Padre, solo la Primera Persona puede llamarse *Padre*, solo la Segunda puede llamarse *Hijo*. ¿Por qué pues la Tercera Persona carece de nombre propio? porque no se ha impuesto nombre particular alguno para significar su procedencia. La produccion de la Tercera Persona se llama *Espiracion* y *Procesion*; pero estas palabras, que muestran cómo el Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo, no son el nombre de esta Tercera Persona. Fué cosa fácil hallarle para las otras dos; pues tenemos en la naturaleza las que designan procedencias análogas, cuales son las que vienen de la generacion; pero no hai nada en las cosas criadas que nos pueda suministrar alguna idea cuya palabra fuese á propósito para designar la Tercera Persona de la Santísima Trinidad por el modo con que procede del Padre y del Hijo. Mas con solo atender bien á lo que se dice cuando se usa esta palabra en la doctrina, basta para no confundir las diversas ideas que puede representar. Pero sea de esto lo que fuere, lo que nos importa mucho, á mí explicaros y á vosotros entender, es, que en el Símbolo católico esta palabra *Espíritu Santo* significa la Tercera Persona de la Santísima Trinidad y nada mas. Ya os he dicho que el Espíritu Santo es Dios, así como tambien lo es el Padre y lo es el Hijo, sin que por esto haya tres Dioses: os he explicado tambien como una consecuencia de tal doctrina, que todo lo que conviene á Dios como Dios, conviene á todas y cada una de las Tres Divinas Personas igualmente y en perfecta unidad: de lo cual se infiere que el Espíritu Santo es Omnipotente, Omniscio, Sapientísimo, infinito en perfeccion, Sumo Bien y Eterno; pues con decir que el Espíritu Santo es Dios, así como el Padre y el Hijo, sin que por esto haya tres Dioses, ya se dijo lo bastante. Que el Espíritu Santo es Dios es un dogma de nuestra fe, enseñado claramente por la Santa Escritura y definido por la Santa Iglesia. El apóstol San Pedro, segun leemos en el capítulo V de los Hechos apostólicos, enseñó claramente esta verdad, cuando castigó á Ananías; pues habiéndole echado en cara el que hubiese mentido al Espíritu Santo, inmediatamente añadió: "No mentiste á los hombres, sino á "Dios:" Luego el Espíritu Santo es Dios. Del mismo modo el apóstol San Pablo declara este dogma en el capítulo XII de su primera Epístola á los Corintios cuando muestra un solo Espíritu en la diversidad de los Dones espirituales, un solo Señor en la diversidad de los ministerios, y un mismo Dios en la de operaciones sobrenaturales. Cuando Jesucristo Señor nuestro manda á sus apóstoles bautizar en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y cuando sobre tan sólido fundamento sienta el apóstol San Juan el dogma de la Trinidad, diciendo que Tres dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y añadiendo incontinenti que estos Tres son una misma cosa ó sustancia; claramente se ve inculcado que el Espíritu Santo es Dios, y con solo esto, sin necesidad de ir en pos de nuevas autoridades y argumentos, queda bien demostrada la Divinidad de esta Tercera Persona.

5. No creo por lo mismo necesario insistir más en esto, ni tampoco en explicaros cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio, pues ya todo lo tengo dicho en mi explicacion del dogma de la Santísima Trinidad. Hablé tam-

bien allí de la distinción real de las Personas, declarando que el Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, y que no ha de confundirse como Persona ni con el Padre ni con el Hijo: concepto que pone á toda luz el Símbolo de Nicea, cuando dice: "Creo en el Espíritu Santo, nuestro Señor, y que vivifica, y que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado." Sería imposible ya confundir las Personas despues de esta manifestacion, desconocer la Divinidad de la Tercera, ó equivocarla con los espíritus creados como los ángeles; pues de ninguno de ellos puede afirmarse aquel Señorío que profesamos, llamando *Señor* al Espíritu Santo, ni ménos decir que es adorado juntamente con el Padre y el Hijo.

6. Tambien os hice ver allí dos cosas muy importantes: primera, que todas las obras de Dios, todos sus Dones que reparte á los hombres, son comunes á las Tres Divinas Personas, como la creacion, la ilustracion interna, la santificacion y demás; segunda, que sin embargo de esto y sin que nunca dejen de serles todas comunes á las Tres Personas Divinas, unas se atribuyen especialmente al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo, conformándose en esto con el carácter que domina en cada personalidad. Así, por ejemplo, como la idea del poder se refiere al Padre por ser el Padre la cabeza y principio de familia ó de sociedad, solo al Padre llamamos *Todopoderoso* aunque lo sean tambien el Hijo y el Espíritu Santo; así como de cada Persona se dice que es eterna y soberana. Esto supuesto, ya comprenderéis que, atribuyéndose al Espíritu Santo el amor, porque su procedencia es toda de amor, á él mismo se refiere por consiguiente cuanto pertenece al amor. El amor es principio de vida, y por esto al Espíritu Santo se le llama *Vivificante*. El amor es fuente de gozo y consuelo, y por esto al Espíritu Santo se le llama *Paráclito*, que quiere decir *Consolador*. La Encarnacion del Verbo en las entrañas de María es obra de amor; y por esto se dice que encarnó por obra del Espíritu Santo. Cualquiera Don es obra de amor, siendo como es una donacion gratuita, y por esto los Dones de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Piedad y Temor de Dios figuran como *Dones del Espíritu Santo*. Los frutos adquiridos en consecuencia de estos dones, son otros tantos efectos del amor, y por esto les llama la doctrina *frutos del Espíritu Santo*.

7. Establecidos estos antecedentes, hijos míos, puedo ya entrar con bastante luz á considerar á esta Divina Persona en sus relaciones históricas, es decir: en cuanto se ha dignado hacer en la tierra para beneficio de la humanidad. Habiéndoos ya dicho que es verdadero Dios, ya sabéis que todo cuanto debemos á esta Divina Persona, lo debemos á Dios: habiéndoos dicho que sus dones y demás bienes son obras correspondientes á las Tres Divinas Personas, ya sabéis que por todo ello debéis dar las gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: habiéndoos dicho que sin embargo se atribuyen de un modo especial unas cosas á la Primera Persona, otras á la Segunda, y otras á la Tercera, y que á ésta se refieren todas las del amor; lo expuesto basta para que comprendáis que cuanto ha hecho el Espíritu Santo por nosotros, es obra del amor infinito de un Dios.

## II.

8. Ya sabéis que la historia universal del género humano está dividida en dos gran-

des Eras ó periodos de tiempo: una que se cuenta desde la Creacion del mundo hasta la Venida del Redentor, y es la que llamamos *Era vulgar*; y otra que comenzó en el Nacimiento del Redentor, y no acabará sino hasta que venga él mismo segunda vez á juzgar á los vivos y á los muertos, y es lo que entendemos por *Era cristiana*. Para formarnos pues una idea exacta de lo que ha sido para toda la humanidad este Divino Espíritu, debemos tener presente que no ha dejado nunca de asistirle para derramar sobre ella la luz de la verdad y encenderla en el fuego del amor.

9. Comenzando por el tiempo antiguo y fijando nuestra consideracion sobre aquel pueblo escogido de entre todas las naciones de la tierra para ser el depositario de la historia, de la tradicion, de la verdad revelada, de las promesas y de la Lei divina, poseer una religion pura, un ministerio verdadero aunque figurativo, y preparar de esta suerte al que habia de venir en la plenitud de los tiempos á restablecer con su Sangre la antigua alianza entre Dios y los hombres, os diré desde luego sin vacilar, que todos esos Libros sagrados que llamamos *Antiguo Testamento*, fueron inspirados á sus varios autores por el mismo Dios, y en consecuencia por su Divino Espíritu, á quien llamaba por lo mismo el Profeta Isaías "Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios." Esto mismo debemos decir y creer sobre los Libros del Nuevo Testamento, cuyos autores los escribieron guiados por la operacion del Espíritu Santo y divinamente asistidos por él. He aquí la razon por qué todos los Libros de las Santas Escrituras llevan epítetos correspondientes á este divino origen: por esto se llaman *Libros divinos, Escrituras santas, Escrituras sagradas, Palabra de Dios, Oráculos del Espíritu Santo*; y por esto decimos, aludiendo á sus autores, que Dios habló por la boca de Moysés, de los profetas, de los apóstoles, y que habla por la boca de la Santa Iglesia, y que ésta se halla en todo regida por el Espíritu Santo.

10. Esta verdad se halla tan bien comprobada por las Sagradas Letras, que casi no hai en ellas una sola página que no la demuestre: el mismo modo con que hablan sus autores, manifiesta el origen divino de los conceptos que enuncian. Si escucháis á Moysés, él mismo tiene cuidado de advertiros que no es otra cosa sino un órgano pasivo de la Sabiduría Eterna, y que su triple mision de cronista de la creacion del mundo, de Legislador del pueblo judío y caudillo para libertarle de la tiranía de Faraon, viene toda de lo alto. Si escucháis á Jeremías, aquella humildad sublime con que le dice á Dios: A, á, á,.... no sé hablar," es una preparacion magnífica para que reconozcáis en seguida como un reflejo de la Eterna Luz hacia los hombres aquel portentoso de doctrina profética y eminentemente moral. Dios habla inmediatamente á sus siervos, y por aquí se comienza cada relacion: habló el Señor á Noé, habló el Señor á Abraham, habló el Señor á Moysés, habló el Señor á Acaz, habló el Señor á Samuel, &c. &c. El Profeta Rei vierte sus conceptos á cada paso, como dichos del mismo Dios, y esto sucede con todos los autores del Antiguo y Nuevo Testamento. Por esto el Santo Concilio Tridentino, despues de enumerar uno por uno sus Libros canónicos, dice que su Autor es Dios, como lo habia dicho en su tiempo el Papa Eugenio IV, lo habia manifestado el tercer Concilio de Cartago y lo han enseñado constantemente los Padres de la Igle-

sia. Por esto el Concilio de Constantinopla consignó estas palabras que leemos en el Credo de la Misa, referidas al Espíritu Santo: "Habló por los profetas:" *locutus est per prophetas.*

11. ¿Qué os diré de los apóstoles? Sus Libros, hijos míos, tienen el mismo carácter; pues las pruebas que acabo de daros, y especialmente las que se fundan en la autoridad de la Iglesia y en toda la creencia católica, comprenden ambos Testamentos, y en consecuencia prueban que el Espíritu Santo habló, no solamente por el órgano de los autores de los antiguos Libros, por Moisés y los profetas; sino también por los apóstoles y evangelistas. Mas, para que nada faltase á la solidísima prueba de tan importante verdad, el mismo Divino Maestro tuvo especial cuidado de inculcarla, y con tal precisión y exactitud, que nada dejó por investigar ni disentir. Habíales prometido, ya con el carácter de Hijo sumiso del Eterno Padre, ya por sí como Dios, enviarles al Espíritu Santo: "Yo rogaré al Padre, les decía, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente, á saber: al Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros, y estará dentro de vosotros." He aquí á Cristo haciendo una promesa, cuya cierta realización estaba fundada en la eficacia de sus ruegos; pero todavía no satisfecho con esto, habla como verdadero Dios, ofreciendo mandar él mismo en consorcio de su Eterno Padre, al Espíritu Santo, á fin de que este Divino Espíritu le sirva de testimonio. "Cuando viniere el Consolador, dice, el Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí." Tales son las promesas, tal su objeto.

12. Veamos ahora, hijos míos, elevada esta Divina Misión á la categoría de una imperiosa necesidad por la voz del mismo Jesucristo: necesidad tan estrecha y tan dependiente de su Ascension por otra parte, que lejos de ser ésta un motivo de desconsuelo para sus apóstoles y discípulos, vino á ser el objeto de sus más ardientes deseos. "Os conviene que yo me vaya, les decía: porque si yo no me voi, el Consolador no vendrá á vosotros; pero si me voi, os le enviaré." Mas ¡qué bienes, me diréis, había de traer á los apóstoles y discípulos del Salvador este Divino Espíritu, tan grandes que aun debía producir en ellos el deseo y el contento de que Cristo subiese al Cielo á fin de que pudiese mandarle? Muy grandes, hijos míos. A su venida se debería el triunfo completo de la causa de Cristo contra la oposición del mundo, y la plena ilustración, firme santidad é incontrastable vigor del Apostolado, para el solidísimo establecimiento de la Iglesia, la predicación del Evangelio y la conquista del Universo por la Cruz. En prueba de esto, Jesucristo les dijo á sus apóstoles lo que haría este Divino Espíritu en su Venida, ya respecto del mundo, ya respecto de ellos mismos. ¿Qué haría con el mundo? "Se convencerá, decía el Señor, en orden al pecado, en orden á la justicia y en orden al juicio." ¿Cuál fué el pecado del mundo? No haber creído en el Mesías á pesar de los oráculos que le anunciaban, de la sabiduría infinita de su doctrina y del soberano poder de sus milagros. Por esto, explicando Jesucristo este primer triunfo suyo, que haría resplandecer el Espíritu Santo condenando al mundo en su pecado fundamental que cometió desconociéndole, dice: "Se convencerá de pecado, por

"que no creyeron en mí." ¿Cuál fué la injusticia é iniquidad inconcebible del mundo para con el Hijo de Dios en la tierra? El perseguirla con toda la fuerza del odio, con todo linaje de tormentos hasta condenarle á muerte y ejecutar la sentencia. ¿Cómo resplandecería el triunfo de la justicia eterna sobre este mundo lleno de iniquidad? Mostrando á la fe la Gran Víctima en la gloria de su Resurrección, en el triunfo de su Ascension y en el soberano poder que ejerce á la diestra de su Padre. Por esto el Divino Maestro anuncia que el mundo queda condenado respecto á la justicia de su causa con el mismo hecho de subir al Cielo y no dejarse ya ver en la tierra: "porque me voi al Padre, dice, y ya no me veréis." ¿Cuál fué tocante al juicio el crimen del mundo? El haber juzgado á la Justicia misma, al Señor de los cielos y la tierra, al Supremo Juez de vivos y muertos. ¿Cómo resplandecería en este caso el triunfo de Dios sobre el mundo? En un juicio supremo, íntegro, absoluto, definitivo, irrevocable. Por eso el Señor, dice para concluir, que el Espíritu Santo convencería al mundo en lo relativo al juicio, porque el príncipe de este mundo estaba ya juzgado: *quia princeps hujus mundi jam judicatus est.*

13. Ved pues, hijos míos, lo que ha obrado en favor de toda la humanidad el Espíritu Santo; cómo la consoló con la esperanza, inspirando á los autores de los Libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Mas no nos detengamos aquí; porque hasta ahora respecto de los apóstoles he hablado solo de oráculos infalibles y promesas seguras, y nos resta ver el hecho en su magnífica realización, y considerar el misterio de la Venida del Espíritu Santo al mundo cincuenta días despues de la Resurrección del Salvador.

### III.

14. La promesa que Jesucristo Señor nuestro había hecho á sus apóstoles de mandarles al Espíritu Santo para los altos fines que habéis oído, amados hijos, fué tan puntual como solemnemente cumplida; pues apenas habían trascurrido cincuenta días desde la Resurrección, cuando descendió sobre ellos este Divino Espíritu, estando reunidos en el Cenáculo. He aquí la relación que hace de este misterioso acontecimiento en los seis primeros versículos del capítulo II el autor del Libro de los Hechos apostólicos: "Al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar: cuando de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplabá, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos; entónces fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca: había á la sazón en Jerusalem judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo. Divulgado pues este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar á los apóstoles en su propia lengua."

15. Esta palabra *Pentecostés*, hijos míos, quiere decir *cincuenta*, y por lo mismo la Santa Iglesia se sirve de ella para designar el espacio de cincuenta días que pasaron desde la Pascua, en que resucitó nuestro Señor Jesucristo, hasta la Venida del Espíritu Santo. Esta fiesta de Pentecostés con que la Iglesia solemniza esta Venida misteriosa.

riosa, era celebrada tambien y con mucha pompa del pueblo judío, aunque con motivo diverso. ¿Cuál era este motivo? El recuerdo de la promulgación de la Lei del Señor, que se hizo tambien á los cincuenta días de la antigua Pascua. Esta coincidencia entre el pueblo judío y el cristiano es, no meramente casual, sino acordada con mui altos designios por el Señor; pues la venida del Espíritu Santo fué como la solemnisima promulgación de la Lei nueva, escrita, no ya en tablas de piedra como en tiempo de Moisés, sino en el fondo del corazon humano, regenerado con la Sangre de Cristo y robustecido para la vida de la caridad con los eficaces Dones que trajo á la humanidad redimida el Espíritu Santo, y era por lo mismo en alto grado justo y conveniente que tal promulgación fuese mas solemne todavia que la primera. En efecto, ese ruido como de viento impetuoso que se siente bajar de las alturas, y es, digámoslo así, como el terrible y magestuoso crujir de las puertas de los cielos, que se abren para dar paso á la Tercera Persona de la Trinidad Augusta en el instante de bajar á la tierra; ese aislamiento misterioso que reduce al Cenáculo toda la impresion sensible de aquel Desenso divino, pues fuera de los apóstoles y discípulos que allí estaban, nadie oyó el magestuosísimo estruendo; estas lenguas de fuego, que posando sobre cada uno de los apóstoles, intudaban su entendimiento de luz y hacian arder en un fuego divino su corazon, preparando y profetizando al mismo tiempo la conversion de todos los hombres, la purificación espiritual y rendido vasallaje de todos los idiomas á la Palabra Eterna; esta plenitud sublime de luz y de gracia que obró el Espíritu Santo en los primeros fundadores de la Iglesia; esta maravilla inefable de unos rústicos pescadores que instantáneamente hablan en un solo sonido todos los idiomas, pues cada uno de los muchos que asistian á su predicación recibia en su propia lengua cada palabra que salia de los labios de los apóstoles; aquel arrobamiento de la multitud, absorta y espantada en consecuencia de tal prodigio: todo esto dió al acto misterioso de que os hablo, una solemnidad mayor sin duda que cuantas leemos en la historia del antiguo pueblo.

16. Este grande acontecimiento, hijos míos, fué sin duda el que vino á dar toda la plenitud al pensamiento del Mesías en la formación de sus apóstoles y discípulos, para que con su predicación pudiesen hacer triunfar la fe sobre todos los errores que envolvian á la humanidad, la esperanza sobre todos los poderes conjurados en la tierra contra la realización del bien, y la caridad contra la esclavitud del espíritu, aprisionado por los sentidos, adormecido en los placeres, envuelto en el torbellino de las pasiones y miserablemente hundido en el asqueroso fango de los vicios. Habia sin duda el Salvador adelantado con su inmediato magisterio esta grande obra, pues ya sabéis cuán frecuentemente se ocupaba en instruir á sus discípulos, cuál era el poder de su ejemplo para edificarles, y cuánto podia esperarse de este aprendizaje del hombre, verificado en la escuela de la Eterna Sabiduría. Pero por designios mui altos quiso este Divino Instructor de la fe y de la santidad dejar pendiente la última consumación de su obra para cuando el Espíritu Santo viniese á cumplir su misión en la tierra. Y de hecho, hijos míos, esta Venida misteriosa da en el acto á los apóstoles y discípulos de Jesucristo una entera plenitud: plenitud intelectual, que abre á su ministerio los reservatorios de la ciencia divina, para consagrar la infalibilidad de su magisterio; plenitud moral de sen-

timientos y de fuerza, que une sus corazones indisolublemente con su Dios, aun antes de dejar al mundo, les afirma contra todos los temores y les ofrece á la admiración como los invictos atletas del Crucificado.

17. ¿Qué trasformación tan maravillosa obra este Espíritu de luz, de consejo, de ciencia, de fuerza y de virtud en aquellos doce hombres oscuros, que de intento habia querido el Señor escoger de lo mas humilde y bajo, de lo mas inculto y aun grosero, para que ni la sabiduría ni la prudencia del siglo, ni la magnificencia ni el poder de la tierra osasen atribuir á su influjo la renovación de la inteligencia humana, la perfección de la virtud moral y el heroísmo del carácter cristiano! “Estos hombres rudos, tímidos, vacilantes, á quienes habia sido necesaria la presencia y las palabras continuas de Jesucristo para sostenerse, experimentaron desde luego en todo su ser una revolución á par maravillosa que divina. No eran los hombres antiguos, sino unos hombres enteramente nuevos. Trasformáronse sus tinieblas en un oceano de claridad, sus temores en ese vigor sublime del alma que sabe sobreponerse á todas las tempestades, y que no se debilita jamas ni á la presencia de la muerte. Quanto hai de mas profundo en las Escrituras, de mas oscuro en las profecías, de mas elevado en los misterios, vino á ser para ellos una fuente inagotable de recursos intelectuales y morales, no solo para su propia perfección y santidad, sino lo que es mas portentoso todavia, para precipitar el escarnio sobre la filosofía del gentilismo, é inclinar hécia la fe de la Cruz las mas altas inteligencias, la prudencia de todos los sabios y la razon de los siglos.

18. ¿Y qué dirémos de la mudanza que obró este advenimiento en el corazon de los apóstoles? “Cuando recuerdo, dice un sabio catequista, lo que eran éstos antes de la Venida del Espíritu Santo; cuando les observo adheridos á la tierra, interesados, celosos de las menores preferencias, siempre arrastrados á la disputa, llenos de desconfianza á pesar de los mas estupendos y públicos milagros, de que eran ellos testigos; y cuando por otra parte atiendo á lo que son desde que el Espíritu Santo hubo descendido sobre ellos: tan desprendidos, que están dispuestos á sacrificarlo todo, y hasta á sí mismos, por la gloria de Jesucristo, que ni buscan ya sino los últimos lugares, ni se consideran sino como los abortos y los desechos del mundo; tan pacíficos como los corderos, poner su garganta bajo el cuchillo matador: entónces, arrebatado por una trasformación tan sublime, no puedo ménos de exclamar: ¡qué milagro es éste! ¡qué admirable es el Espíritu Santo, cuando obra tales maravillas!”

19. “Pero los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, no solamente para sí mismos, sino para comunicarle tambien á cuantos habian de creer en Jesucristo por su ministerio, ó por el de sus sucesores. Jesucristo mismo lo habia anunciado, diciendo que cualquiera que ereyese en él, vendria á ser como una fuente de agua viva: lo que entendia, dice San Juan, del Espíritu que habian de recibir aquellos que creyesen en él.<sup>1</sup> Así es como los fieles pueden tener parte en esta efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles: efusión cuyas primicias reciben en el sacramento del Bautismo, y que tiene un incremento mayor todavia en el de la Confirmación. El Espíritu Santo derrama en todos tiempos en el corazon de los fieles bien dispuestos la

<sup>1</sup> Joann. cap. VII, v. 39.

caridad que difundió en el de los apóstoles y los primeros cristianos: él es quien les llena de luz, de fuerza y de virtud; quien inspira el celo á los Pastores, la mortificación á los penitentes, la castidad á las vírgenes; en una palabra, el Espíritu Santo es aquel de quien viven siempre todos los verdaderos cristianos.<sup>1)</sup>

20. Sería necesario, hijos míos, dar á esta carta una extensión prodigiosa, para explicar detenidamente cuanto en sí contiene y encierra el dogma que nos inculca la Iglesia en el octavo artículo de su Símbolo. Voi pues á concluirla recapitulando con brevedad los principales puntos que he tocado; pues así podréis retener mejor tan importante doctrina. “En este artículo del Credo profesamos todos en su integridad la fe en el Espíritu Santo, y por tanto debemos creer que él es la Tercera Persona de la Trinidad Santa, que procede del Padre y del Hijo como de un principio; que es Dios y tienetodas las perfecciones de Dios; que sin embargo de ser una Persona distinta, no tiene una naturaleza y una sustancia distinta del Padre y del Hijo, sino que con estas otras dos Personas constituye una sola naturaleza, un solo Dios; que todas las perfecciones que convienen á Dios, convienen al Espíritu Santo; que es eterno, inmenso, omnipotente, Criador, &c., como Dios; que es á quien incumbe especialmente el atributo de la vida, y por eso se llama en el Símbolo *vivificador*; que es el Paráclito ó consolador, porque de él nos vienen los consuelos espirituales en las grandes aflicciones; que es Don del Altísimo, porque nos le da el Padre, nos le da el Hijo, se nos da él mismo, y con él todas las gracias y virtudes que se designan con el nombre de Donos del Espíritu Santo; que inspiró á los autores de los Libros Santos; que habló por la voz de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas; que se explica por la de la Iglesia católica, consagrando de este modo su infalibilidad; que descendió sobre los apóstoles, como estaba prometido; que les comunicó todos sus Donos; que consagró con su inspiración la palabra apostólica que fué predicada á toda criatura; que es comunicado por la sagrada ordenación á todos los sucesores de los apóstoles; que lo es á los fieles por la participación de los Santos Sacramentos; y por tanto, que gobierna y dirige á la Iglesia, ya en el orden de su autoridad, ya en el *gran cuerpo de los que obedecen*.<sup>2)</sup>

21. ¡Ojalá una instrucción tan importante no se aparte nunca de vuestra mente, no sea estéril para vuestro corazón, hijos míos; sino ántes bien, que meditando con frecuencia un misterio tan fecundo en riquezas divinas, os ministre constantemente cuanto habéis menester como verdaderos cristianos á fin de llenar en la tierra las condiciones que Dios ha querido poner para dispensaros en su reino los bienes infinitos y perdurables gozos que tiene prometidos á la perseverancia final de los que le aman y sirven en esta vida, para verle y gozarle en la otra!

1 *Duclot*: Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne. Disc. 32.

2 Todo lo que va puesto aquí entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi obra intitulada: *Exposición de la doctrina católica sobre los dogmas de la Religión*.

## PRIMERA PARTE

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

### TRIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

*Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.*

No sabéis vosotros que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

I. Cor. Cap. III, v. 16.

1 No basta saber, hijos míos, lo que la santa fe católica nos enseña sobre el Espíritu Santo en el adorable misterio de la Santísima Trinidad; no basta saber que esta Divina Persona inspiró á los Autores de todos los Libros que componen la Santa Escritura; que es el principio de la vida por especial atribución suya; que fué prometido á los apóstoles por el mismo Jesucristo y bajó en efecto sobre ellos, llenándoles de su luz y virtud, para que fuesen las primeras columnas de la Iglesia católica: es necesario no perder nunca de vista la acción del Espíritu Santo sobre toda la humanidad redimida, saber que por él nos comunica Dios sus Donos perfectos; que descendió del Cielo, no solamente sobre los apóstoles, sino también sobre los verdaderos fieles, y que esto se verifica, no solo una vez, sino muchas; de manera que la comunicación del Espíritu Santo á nosotros es una institución de Jesucristo en la tierra. Cuando Su Majestad dijo: “Derramaré mi Espíritu sobre ellos,” prometía este rico tesoro, no solamente á los apóstoles, sino también al incontable número de los fieles. Cuando dijo que no entraría en el reino de los cielos el que no renaciese del Espíritu Santo y la agua, claramente nos enseña que de este Divino Espíritu recibimos en el Bautismo la vida de la gracia y la riqueza de sus Donos. Cuando se administra el Santo Sacramento de la Confirmación, se invoca al Espíritu Santo, para que descienda sobre los que le reciben, como bien lo sabéis. Por esto el apóstol San Pablo, queriendo ponderar la grandeza de